

## CAPITULO XXII.

Relacion de siete sacerdotes que padecieron por la fe de la Iglesia romana el año de 1582 en Inglaterra.

otros nuevos sobre otros. Los cuales no duraban por espacio de una Ave María, sino por días, y noches, y semanas enteras, dejando estar penando los mártires atormentados hasta que á fuerza de dolores espiraban. Pues ¿qué diré del número de los muertos? Porque el número de los castigados en todos estos cien años, no sé si llegaría á mil ó dos mil culpados que padeciesen. Mas ¿qué dirémos del número de los mártires que padecieron? Porque dia hubo en que padecieron juntos cuatro mil, y en otro cinco mil, y en otro seis mil, y en otro diez mil, y en otro doce mil, y en otro veinte mil, y en otro treinta mil, y á veces ciudades enteras, que fueron abrasadas y asoladas, sin quedar niño ni viejo que no pasasen á cuchillo. Otras veces eran tantos los que padescian, que el número dellos se remite al conocimiento de solo Dios. Y dejadas aparte las persecuciones de Nerón, y Domiciano, y Decio, y Valeriano, y otros tales, osaré afirmar que solo Diocleciano, con su compañero Maximiano, martirizaron mas de cien mil cristianos, pretendiendo con esta tan extraña carnicería extinguir y desterrar de todo el mundo la religion y nombre de Cristo. Porque parecia á este tiranno, y á los demas tan gran disparate decir que un hombre crucificado entre ladrones era Dios; y anteponer la religion y culto dél á la de sus dioses, que todo su estudio y cuidado ponian en que no hubiesen en el mundo rastro ni memoria de Cristo. Resumiendo pues agora lo dicho, pregunto: ¿cómo siendo tan terribles los tormentos de los mártires, y tan grande el número de los atormentados, y tantos los años que duró esta tempestad, no fueron poderosos los reyes y monarcas del mundo para extinguir el nombre y la religion de Cristo? Mas ¿qué digo extinguir? ¡Oh admirable Dios en todas sus obras! ¡Oh maravilla digna de ser con lenguas de ángeles en todo el mundo predicada! No solo no bastaron para esto, mas ántes (lo que sobrepuja toda admiracion), como si las persecuciones dellos fueran favores nuestros, y persecuciones dellos, así sucedió el negocio tan al reves, que Cristo quedó vencedor y triunfador, y adorado del mundo, y las estatuas de sus dioses fueron derribadas, y despedazadas, y acoceadas, y sus templos y altares abrasados y puestos por tierra. Pues ¿quién será tan ciego que no reconozca en estas dos cosas tan extrañas la virtud y asistencia de Dios? Porque de otra manera, ¿cómo bastaron cien años para limpiar á Castilla de la cizania que en ella habia, con tan blandos y misericordiosos castigos, y no solo no bastaron treientos con tan terribles y prolijos tormentos para extinguir el nombre y la religion de Cristo, y establecer la de sus dioses, mas ántes la religion de Cristo creció con las persecuciones, y la de los falsos dioses quedó deshecha y desterrada del mundo; y Roma, que era cabeza de la idolatría, quedó hecha cabeza de la Iglesia, y los emperadores romanos que la perseguian, se subjectaron á los piés del vicario de Cristo? Pues ¿qué hombre habrá tan ciego, que no reconozca haber entrevenido aquí (como dijimos) el dedo de Dios? Porque ¿quién era poderoso para obrar esta tan grande maravilla, sino Dios? Y ¿de qué otra manera habia de triunfar Cristo del mundo y de la idolatría, sino desta manera? Es este discurso tan poderoso para corroborar el testimonio que los santos mártires dieron de nuestra fe, que por solo él (aunque mas no hubiese) doy por bien empleada toda la escriptura deste libro.

Es tan gloriosa y tan admirable, cristiano lector, esta materia de la constancia de los santos mártires, que es necesaria particular lumbre y gracia de nuestro Señor para saber estimarla y gustar della. Para lo cual es alguna manera de impedimento ser la cosa tan antigua, y que tantos años ha que pasó. Y por esto me pareció referir aquí el martirio de siete muy virtuosos y católicos sacerdotes que padecieron agora en nuestro tiempo en el reino de Inglaterra. Y no dubdo que por ser la cosa tan reciente, mueva mas nuestros corazones que las pasadas. Y por aquí podremos entender cuán grande fué la constancia y fortaleza de aquellos antiguos mártires, de los cuales muchos padecieron mayores y mas prolijos tormentos que los presentes.

La relacion desto escribí summariamente al Rey católico nuestro señor, Don Bernardino de Mendoza, su embajador. Mas una persona que presente se halló á la muerte de aquellos padres, escribió una carta en lengua latina á un amigo suyo, declarando en particular de la manera que el negocio pasó. La cual va aquí trasladada en lengua española para edificacion y consolacion de los lectores.

La carta comienza así:

Los dias pasados escribí á V. M. lo que pasó acerca de la muerte del reverendo padre Edmundo Campion, de la Compañía de Jesus, y de los demas sacerdotes que con él y despues dél padecieron por la fe católica el primer dia de diciembre del año pasado de 81, y en el primero de marzo siguiente. Mas agora, como la divina bondad haya ordenado llamar á la misma corona otros siete sacerdotes suyos, parecióme que convenia á la razon de nuestra amistad comunicar con V. M. estas cosas, para que entienda en qué estado estamos, y cuánto debemos á nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, que esta tan insigne constancia de confesion dió aun á mancebos en este nuestro tiempo. El negocio pues pasó en esta forma.

Lunes á 28 del mes de mayo pasado de 1582, sacaron por dos veces al martirio siete sacerdotes de la ciudad de Lóndres. La primera vez sacaron tres; conviene saber, Tomas Fordo, Juan Schirto y Roberto Fonsano, atados unos con otros de piés y manos. Y puestos ellos encima de un zarzo de mimbres, boca arriba, lleváronlos arrastrando por todas las calles de Lóndres, atados á las colas de unos caballos, y como venían arrastrados por tierra, y llovía mucho, era cosa lastimera ver cuán enlodados venían ántes que llegasen al lugar del tormento. Mas cuando llegaron á él, determinaron matar á cada uno por sí, para que el uno viesse los tormentos del otro, y con esto se ablandase y mudase su propósito. Y en el primer lugar sacaron á Tomas Fordo, varon docto y grave, y de mucha autoridad, al cual desataron del zarzo en que venía, y lo subieron en un carro, para que arrojado de la pértiga alta del carro, fuese mas fácilmente ahorcado. Este Fordo fué hallado en la misma casa con el padre Campion, y ya habia ocupádose por espacio de siete años en cultivar la viña del Señor en Inglaterra, y habia trabajado muy bien, y adquirido muchas ánimas á Cristo por la ardiente predicacion de la fe católica y ejemplo de vida severísima que hacia.

Este pues como viniese á la presencia del pueblo, hecha la señal de la Cruz (que los herejes abominan), comenzó abiertamente á decir quién era, y qué profesaba, y por qué causa era venido á aquel lugar; esto es, por ser católico. Y por singular gracia de Dios dotado de dignidad sacerdotal, y que venia á morir por la confesion de la fe católica, la cual predicaba ser á todos necesaria para su salvacion, y que no podia alguno escapar del eterno tormento, si no estuviese en la union desta fe católica. Por tanto á todos exhortaba que entrasen dentro del arca de la Iglesia católica. Y comenzando el mártir á decir otras cosas, con las cuales los ánimos de los que presentes estaban, no poco se movian; el vizconde de Lóndres, que presidia á la ejecucion deste juicio, impidió lo que iba hablando, y le defendió que no pasase adelante, sino que solamente confesase sus traiciones contra la patria y contra el príncipe della, y pedido perdon dellas, se aparejase para morir. Al cual respondió Fordo: No tengo que confesar cosa de traiciones, las cuales nunca me han pasado ni aun por imaginacion, ni vosotros mismos me decís eso de véras, sino engañosamente, porque sabéis muy bien que estaba yo en Inglaterra ese dia, que vosotros fingís esas, no sé qué traiciones, en Roma. Y demas desto, ¿quién no sabe que muchas veces nos habeis ofrescido la vida y libertad, si quisiésemos descubrir al magistrado los católicos con quien habiamos estado en esta tierra? Así que, ficcion es lo que nos acusáis de traiciones. La verdadera causa de nuestra muerte es la religion católica, la cual profesamos, la cual predicamos, y la cual testificamos con el derramamiento de nuestra sangre. Esto ve nuestro Dios, que escudriña los corazones, y que revelará lo escondido de las tinieblas, y á cuyo tribunal nosotros subimos hoy.

Apénas habia hablado esto el mártir de Cristo, cuando el Vizconde movido con ira interrumpió la plática; porque temia que Fordo persuadiese al pueblo lo que decia, y afrentólo, llamándole papista y traidor.

Y preguntóle qué sentia de la bula de Pio V, con la cual condenaba á la Reina de Inglaterra. A lo cual Fordo respondió: Yo ni preguntado, ni acusado, ni condenado, fui en el juicio de la bula de Pio V; así que, no hay para qué agora me preguntes eso. Luego salió allí un mancebo desvergonzado que se daba por acusador de Fordo; diciendo falsos testimonios contra él, y junto con esto le propusieron ciertos artículos de una conjuracion, que decian haberse hecho en Roma contra la Reina, diciendo que el Padre se habia hallado en ella. Porque ponen grande diligencia los herejes para que no entienda el pueblo que nadie padesce por la religion; porque no se confirmen mas en ella, viendo lo que los santos padescen por ella, sino que padescen por traicion, y así los justifican con la misma pena de los traidores.

## §. I.

Constante confesion y martirio de los santos, con otros tres compañeros de su fe y constancia.

En este tiempo el Padre se recogió á su acostumbrada oracion y contemplacion, sin hacer caso de las invenciones de sus mentiras; y esto hecho, mandóle el Vizconde que metiese la cabeza en la cuerda, como quien luego habia de padecer. Mas el Vizconde salió de nuevo con prometerle perdon, libertad y vida por parte de la Reina, si en alguna cosa consintiese, ó dijese contra la autoridad del romano Pontífice. A lo cual respondió

Fordo que por ninguna via tal haria, y que estaba aparejado para morir por cualquier cosa, por muy pequeña que fuese, que tocase á la fe de la Iglesia romana. Mas los herejes daban voces por todas partes, diciendo: Dí alguna palabra, Fordo, contra el Pontífice romano, y no morirás. A esto no respondió el mártir, sino rogaba á todos los católicos que hiciesen oracion á nuestro Señor con él y por él. Visto pues el Vizconde que nada podia acabar con él, mandó que lo justificasen. Entónces el mártir de Cristo, despidiéndose de todos y perdonando de corazon á todos, lo que contra él injustamente habian hecho, levantando las manos y los ojos al cielo, comenzó á repetir estas palabras con grande afecto: Jesus, Jesus, seais agora para mí Jesus; y diciendo esto fué derribado del carro en que venia, y quedó colgado de la cuerda; y quitado de allí medio vivo, fué despedazado por el verdugo en muchas partes.

Despues de Fordo fué levantado Schirto y puesto en el carro, y pasando por donde estaba el cuerpo de Fordo despedazado, tomólo en las manos, en la manera que podia, y á grandes voces dijo: ¡Oh mi Fordo, que tan dichosamente acabaste la carrera de tu confesion! ¡Oh bendita ánima, que volaste al cielo deste cuerpo mortal! Ruega agora por mí á ese Señor que claramente ves. Estas palabras alligian el corazon del Vizconde. Pero mas se embravescieron los herejes por ver que pedia favor á la beatísima Virgen María. Mas su confesion fué, que él vivia conforme á la doctrina que habia aprendido y enseñado en la Iglesia católica, la cual habia de testificar agora con su sangre. Y entónces alegrándose en espíritu, prorumpió en estas palabras: ¡Oh Señor Dios y Padre eterno! dóte gracias porque me criaste, y porque por tu unigénito Hijo me redemiste, y porque por virtud de tu espíritu me santificaste, y me has conservado en la fe de tu Iglesia católica, y sobre todo esto porque me has traído á esta muerte tan gloriosa por tu santo nombre. Porque aunque ella á juicio de algunos sea afrentosa, mas para mí es materia de grande gozo y alegría.

Y pesándole mucho al Vizconde destas palabras, interrumpió la plática y preguntóle por las traiciones. Y para prueba desto mandó leer los artículos de las traiciones. En este tiempo el varon de Dios se ocupaba en oracion, sin hacer caso de lo que los herejes hacian para enganar al pueblo. Entónces el Vizconde le ofresció el perdon de la Reina con la misma condicion que lo habia ofrescido á Fordo. Mas el varon de Dios respondió que no aceptaba la vida con tal condicion. Entónces el Vizconde deseando vencer su propósito, mandóle que mirase el cuerpo de Fordo de la manera que estaba allí despedazado, certificándole que lo mismo habia él de padecer, y así luego le propuso el perdon de la Reina, si desistiese de su opinion. Dijo entónces el siervo de Dios: Mas amigo soy de mi ánima que de mi cuerpo; haz dél lo que quisieres. Aquí el Vizconde: No quieras, dijo, perderte. Blasfema de aquella ramera babilónica de Roma, y abraza la misericordia que te ofresce tu Reina, la cual no querria que murieses. A lo cual respondió el mártir: Nunca Dios quiera que abraze yo tal misericordia que destruya mi ánima. Y yo te digo, Vizconde, que si no hicieres penitencia desas palabras, que yo te acusaré en el dia del juicio ante el tribunal de Cristo; porque al vicario que él tiene en la tierra, llamaste ramera babilónica.

Con esta respuesta indignado el Vizconde, mandó luego que lo colgasen; y el verdugo comenzó á temblar, y ántes que le echase la cuerda en la garganta, pidió perdón al sancto varón, el cual con rostro alegre respondió: Haz, hermano, lo que te mandan, no temas; yo libremente te perdono. Y sacó del seno un pañuelo en que tenia atados cuatro reales, que era todo el tesoro que él tenia en la tierra, y diólos al verdugo. Y hecho esto, dió una voz con grande alegría, como si hubiera recibido alguna singular consolacion de Dios en su ánima, y dijo: Quien quiera que no muere en la union de la Iglesia católica, sepa cierto que eternamente ha de morir y ser condenado. Y luego dijo aquella oracion de la Iglesia: Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, por tu Pasion, etc. Y diciendo esto fué arrojado del carro, y quedó ahorcado.

Después deste trajeron á Fonsono al tablado; y acusándole como á los otros, de traicion y crimen *lesae majestatis*, él respondió que ni por pensamiento tal crimen le habia pasado. Dijo entonces el Vizconde: Yo te lo probaré. ¿Reconoces tú á nuestra Reina por cabeza de la Iglesia en las causas eclesiásticas? No la reconozco por tal, dijo Fonsono. Luego traidor eres, dijo el Vizconde; porque así lo han determinado las leyes de Inglaterra. ¡Oh hermosas leyes, dijo Fonsono, que hacen traidores á todos nuestros antepasados, los cuales no reconocieron tales leyes! A esto no respondió el Vizconde; mas ofrecióle el perdón de la Reina debajo de las condiciones ya dichas: el cual él no quiso recibir. Por tanto el Vizconde mandó que á gran priesa lo despachasen; porque se daba priesa por amor de la lluvia. Mas el varón de Dios comenzó á rezar la oracion del *Pater noster* en latin: en lo cual desagradó al Vizconde, y á los otros herejes, porque quisieran que la rezara en inglés; mas Fonsono no lo quiso hacer, diciendo que él sabia bien latin, y que los católicos podian muy bien juntamente con él orar en latin, y que él no hacia caso de las oraciones de los herejes y cismáticos, cuyas voces sabia que eran aborrescibles á Dios. Salió entonces un predicador hereje, diciendo: Reza la oracion del *Pater noster*, como Cristo la rezó; al cual respondió el mártir: Cristo no la rezó en lengua inglesa. Y dicho esto, y comenzando á decir: *Credo in Deum Patrem*, con lo demás del *Credo*, á medio camino lo derribaron del lugar en que estaba, y así lo martirizaron.

Lo susodicho se hizo un dia muy de mañana, y por estar lloviendo se hallaron pocos á este auto. Y cesando la lluvia, corrió luego la fama de los que quedaban para martirizar, y acudió gran número de gente para verlo. Entonces sacaron del mismo castillo de Lóndres otros cuatro sacerdotes, los cuales iban tendidos de espaldas y boca arriba en un zarzo de mimbres, atados los unos con los otros, arrastrándolos á las colas de unos caballos. Los nombres destes eran, Guillelmo Filbeo, Lucas Ribeiro, Lorenzo Ricarfono y Tomas Cótamo. Todos estos, al salir de la cárcel y en el camino, iban cantando el himno, *Te Deum laudamus*, etc. Y llegados al lugar del tormento, mataron á cada uno por sí, como á los primeros; y la misma forma se guardó con ellos que con los pasados. Porque á cada uno por sí se le ofreció el perdón de la Reina con las condiciones ya dichas; y todos ellos con igual virtud y constancia lo desecharon. Y ántes de la muerte de cada uno se leían aquellos artículos de la traicion para infamarlos; y de las respuestas

que ellos daban, claramente se veia ser fingidos engañosamente. Salió tambien un desvergonzado calumniador, por nombre Mundeó, que públicamente los acusaba; mas nada decia, sino injurias y maldiciones. Instaban tambien los predicadores herejes pidiéndoles que hiciesen con ellos oracion en lengua inglesa. Lo cual ellos por ninguna via quisieron hacer, diciendo que ellos no podian orar sino con los que estuviesen en la union de la Iglesia católica.

## §. II.

Martirio del Padre Tomas Cótamo.

Finalmente, como los caballeros de Cristo en ninguna cosa, por pequeña que fuese, quisiesen consentir con la voluntad de los herejes, enojado grandemente el Vizconde de ver cómo ninguno dellos queria aceptar el perdón de la Reina, después de muertos los tres, acometió astutamente al postrero, por nombre Tomas Cótamo, para ver si le podia inducir á que aceptase el perdón de la Reina con las condiciones ya dichas. Mas como el sacerdote de Cristo por ninguna via lo aceptase, usó con él desta astucia. Preguntó á Cótamo si de verás él era culpado en la traicion contra la Reina, como sus compañeros. El respondió que no lo era; y que esto era claro y manifesto á los mismos adversarios. Lo cual primeramente probaba, porque él no estaba en Italia al tiempo que ellos decian se habia tratado aquella conjuracion contra la Reina. Lo segundo porque él habia vuelto de Francia á Inglaterra por convalescer de una recia enfermedad. Y que habia sido enviado por los padres de la Compañía de Jesus (entre los cuales habia cumplido un año de probacion); pero con licencia de los superiores estaba diputado para ir á las Indias; mas por consejo de los médicos habia venido á su natural patria, que era Inglaterra, hasta recobrar la salud, que con una larga enfermedad habia perdido. Y llegado á esta tierra, no se escondió, como hombre que no sabia parte deste crimen. Y como entendió que el magistrado andaba en busca dél para llevarlo á la cárcel, él se ofreció de su propia voluntad á la cárcel: lo cual nunca hiciera, si se tuviera por culpado en aquella traicion; afirmando que la causa de su prision y de su muerte, era la confession de la fe católica. Dijo entonces el Vizconde: ¿Pues tú, Cótamo, has de desechar la vida que de gracia te ofresce la Reina? No por cierto (dijo él) si la Reina me la quiere dar, ántes la recibo, y le doy gracias por ella. Oyendo esto el Vizconde, pretendiendo engañarle, mandó que le desatasen, y quitasen la soga de la garganta, y bajasen del carro, y que se fuese libremente.

Viéndose pues Cótamo libre, maravillábase deste perdón, porque no entendia el engaño; y así se dispone para irse. Dijo entonces el Vizconde: Ya estás libre, Cótamo. Sola una cosa te falta: que des alguna muestra de agradescimiento á tu Reina por esta gran misericordia que contigo ha usado. Dijo entonces él: Doy muchas gracias á la Reina por este beneficio. ¿Qué otra mas muestra de agradescimiento me pedis? Queremos (dijo el Vizconde) que delante de este pueblo declares que tienes otra opinion que la destes traidores que han padecido, y que no consientes con ellos. Eso no puedo yo hacer, dijo Cótamo; porque en la causa de la religion totalmente siento lo que ellos sintieron. A lo ménos, si quiera (dijo el Vizconde) muestra alguna diferencia entre tí y ellos. No sé, dijo Cótamo, cosa en que me dife-

rencie dellos. A lo ménos (dijo el Vizconde) declara que no concuerdas con ellos en la autoridad del romano Pontífice. No puedo (dijo Cótamo) discordar dellos en esa materia. ¿Pues en todo (dijo el Vizconde) consientes con la opinion de aquellos traidores? En todas las cosas, dijo Cótamo, que pertenescen á la fe católica consiento con aquellos sanctos sacerdotes. Oida esta última respuesta, el Vizconde movido con grande ira, mandó que volviesen á Cótamo al carro de donde lo habian abajado, y lo colgasen y despedazasen. Lo cual fué hecho á gran priesa, y con gran furor, y palabras injuriosas; y así padesció este sacerdote sanctísimamente como los otros.

Esto es lo que la sobredicha carta refiere. Por la cual vemos que pudieron estos venerables sacerdotes ser muertos y atormentados, mas no vencidos. Pero el malaventurado presidente no pudo dejar de quedar afrentado y confuso, viendo que con todas sus artes y diligencias no pudo vencer la constancia de aquellos esforzados caballeros de Cristo. Y no ménos lo quedaria la Reina, viendo que todos ellos ántes habian querido perder la vida, que otorgarle la dignidad que ella injustamente habia usurpado.

Alguno por ventura deseará aquí milagros, como los que algunas veces nuestro Señor hacia con los mártires antiguos. Mas yo no quiero mas milagro que ver tal fe, tal fortaleza, tal constancia, tal lealtad para con Dios, y tal libertad de palabras para con el juez, y un ánimo tan generoso, que teniendo la muerte delante, ni se acuitó, ni desmayó, ni habló palabra indigna de su dignidad sacerdotal, ni se enflaqueció viendo un tan horrible espectáculo como eran los cuerpos despedazados de sus compañeros. Esto pues es mas que milagro. Maravillábase el Profeta cuando consideraba el camino que abrió Dios á su pueblo en medio del mar Bermejo; y dice (a) que considerando esta maravilla, le temblaba el corazón y los labios. Pues ¿cuánto mas gloriosa maravilla es haber dado Dios tal ánimo y esfuerzo á unos hombres de carne tan flaca, que las ondas de tantas aguas de tribulaciones y persecuciones no fuesen parte para ahogarlos y desmayarlos, sino que pasasen á pie enjuto por este golfo tan peligroso, sin mojarse, y sin perder punto de la fe y lealtad que debian á su Criador? Los hombres que llevan á justiciar, ántes de la muerte van ya medio muertos y desmayados; y estos generosos caballeros de Cristo salen de la cárcel cantando: *Te Deum laudamus*, como si fueran á fiestas, y no á la muerte. Y si dijeren una palabra en favor de la Reina, pudieran librarse de la muerte, y aeabándola de decir, confesarse, y pedir misericordia y perdón á nuestro Señor; y es cierto que lo alcanzaran tan fácilmente como Sant Pedro, que mas gravemente pecó negando al Señor con juramento, después de haber visto tantos milagros suyos (b). Mas estos fieles siervos del muy Alto ántes quisieron padecer tan cruel muerte, que estar por aquel tan pequeño espacio en pecado, y en desgracia de su Criador. Esta es pues otra nueva manera de milagros que obra la gracia: la cual cuanto era mayor, tanto menor necesidad tenia del favor y esfuerzo de los milagros. Los cuales por la mayor parte hacia nuestro Señor para ayudar á la flaqueza de las doncellas delicadas y tiernas que padescian. Mas como él sabia que la fortaleza que él habia dado á estos sanctos sacerdotes

(a) Abac. ult. (b) Matth. 26.

bastaba para esforzarlos sin nuevos milagros, por eso no los quiso hacer; y porque los herejes no los merecian ver. Y así queda declarado que no hacerse allí milagros redundaba en mayor gloria de Dios y de su divina gracia.

## CAPITULO XXIII.

Martirio del reverendo Padre Edmundo Campion, de la Compañía de Jesus, y de otros dos sacerdotes que con él padescieron: el uno llamado Rodolfo Servino, del colegio Anglicano que está en Roma; y el otro Alejandro Brianto, del colegio Rhemense.

En la carta pasada se hace mencion del martirio del Padre Edmundo Campion, y de otros sacerdotes que con él padescieron 1.º dia de diciembre del año de 1581.

La historia del martirio deste padre y de sus compañeros es muy digna de ser sabida. Porque dellos podemos decir con mucha razon que fueron dos veces mártires; una por la fe, y otra por la caridad: esto es, una por no consentir con los herejes, y otra por no descubrir los católicos; aunque muchos tormentos por esta causa les dieron (como en el proceso se verá), siendo en lo uno leales á Dios, y en lo otro á sus prójimos y hermanos.

Este Padre Edmundo Campion era de la Compañía de Jesus, hombre de insigne virtud y doctrina, y diestro en el estudio de las letras humanas, así griegas como latinas. Era natural de Inglaterra; y así por esto, como por la eminencia de su virtud y letras, fué llamado de Praga (donde á la sazón estaba) y enviado por sus superiores á Inglaterra á confirmar los católicos, y administrarles los sacramentos, y apascentarlos con la doctrina de la fe. Aceptó él esta obediencia con gran voluntad y celo de la salvacion de las ánimas, ofreciéndose á manifestos peligros por ellas: de los cuales muchas veces lo libró nuestro Señor con especial providencia. Tu vieron desto inteligencia los herejes que gobernaban la tierra, y tenian una hambre canina de haberlo á las manos: parte por impedir el oficio que hacia, y parte por saber dél cuáles eran los católicos que él doctrinaba. Entendió esto un hombre malvado, y ofrecióse á descubrir este religioso Padre, recibiendo grandes promesas del magistrado, si saliese con ello. Vino pues este traidor á Lifordia, que es una villa junto á Oxonia, y fingiéndose católico, trató con un conocido suyo que verdaderamente lo era, y dél supo dónde moraba. Sabido esto, dió luego aviso al gobernador de la tierra, por nombre Justiniano, el cual vino luego con mucha gente armada, y cercó la casa del Padre, el cual á la sazón habia dicho misa, y estaba con otros católicos tratando aquellas palabras del Salvador, que dicen (a): Jerusalem, Jerusalem, que matas los profetas, etc. Entró luego á gran priesa aquella cuadrilla de lobos rabiosos á dar en la manada de las ovejas de Cristo que allí se habian juntado; y de ahí los llevaron presos á una fortaleza que estaba al cabo de la ciudad de Lóndres. Entrando en esta ciudad, iba el Padre Campion delante con un sombrero en la cabeza, y en la copa dél pusieron los herejes este título: Este es Campion, el jesuita sedicioso. Salen luego todos de la ciudad á este espectáculo, unos á ver, y otros á escarnecer de los siervos de Dios. Mas el Padre Campion, confortado por el Espíritu Sancto, iba delante con un ánimo sosegado, y con rostro alegre y sereno, no sin grande admiracion de los que lo veian.

(a) Matth. 23.